

## El aspecto internacional de la guerra de España

*Viernes, 25 de noviembre de 1938*

Nadie quiso más que yo ahorrarle a mi patria los horrores de la guerra civil; porque, para evitarla, y al menos para no ser responsable, consentí hace poco los más duros e injustos sacrificios de mi derecho. Al igual que nadie me suplantaré en la condena de las intervenciones extranjeras, tan contrarias al papel de dignidad y de concordia que yo quise hacer jugar para mi patria.

Pero habiéndose producido la guerra declarada y la intervención de los dos lados, hay que plantear la realidad del problema, no fríamente —porque eso sería imposible— sino serenamente, para sacar consecuencias saludables.

Se constata que la guerra puede prolongarse indefinidamente a falta de un acuerdo internacional, mientras que por el contrario, una vez tal acuerdo intervenido, la hora de la paz sonaría pronto. Entonces, hay que llegar a una negociación, porque las hostilidades ya han durado demasiado para gran desgracia de todo el mundo, exceptuando los despreciables proveedores de la ruina y de la muerte.

La necesidad absoluta y urgente del acuerdo está reforzada por la observación de los límites que reducen muy estrechamente la acción unilateral de una sola potencia, o incluso de un grupo de potencias. Esa acción aislada sólo puede provocar la conflagración general, tan temida y apartada al precio de muy pesados sacrificios, en el caso que la ayuda fuese más feroz. O, si se quedara medio escondida y tolerada, entonces la guerra se prolongaría en extensión, se haría crónica, agotadora, permanente, siempre con una amenaza de extensión a los otros pueblos.

Fuera de esas hipótesis, podríamos decir que la acción aislada de una potencia llegaría por sí misma al fin de la guerra, si esa potencia diera la espalda a esos antiguos protegidos y les cerrara las puertas del abastecimiento, pero una posibilidad así, que es evidente, conduce también a una negociación, en la que esa posibilidad sería el arma, el triunfo, y en cierta medida lo que está en juego.

Se da por hecho que cada uno deberá prestarse a la negociación sin la

esperanza de ganar algo; con la única preocupación de no sufrir golpes en sus intereses vitales.

España, por su posición, su historia y el desarrollo de su raza y de su lengua, no es sólo un elemento del equilibrio europeo: se convierte en un factor de la estabilidad mundial. Toda veleidad de embargo sobre una nación así trastorna el curso de la historia; y la prudencia aconseja abstenerse. Es la lección indiscutible de los dos últimos siglos.

El asunto español sólo podía ofrecerse a las mentes advertidas como una aventura ruinosa y cada socio sólo debía esperar, asociándose a ello, una liquidación en pérdidas. El desarrollo de una tragedia tal no puede ser en absoluto feliz; y no podemos limitar las pérdidas a España, ya despiadadamente castigada por haber oído y seguido la llamada de las locuras extremistas. Cometió la gran falta inicial, pero no única; y la paga más que todo el mundo, porque, incluso las ganancias o los provechos de la guerra, los padece como una carga aplastante.

Hay, y habrá, que ayudar a España, para permitirle un enderezamiento material y moral, compensaremos así su sacrificio para la causa general de la civilización, porque esa guerra, que ha arruinado, diezmado, saqueado mi pobre país, no será inútil para la salvación de los grandes intereses.

Esa síntesis tan difícil entre el orden y el progreso, entre la autoridad y la libertad, entre la democracia y la eficacia, entre la justicia social y la coexistencia de las clases, esa salida que el mundo busca, procederá de la experiencia espantosa de las últimas y lógicas consecuencias de las locas utopías. Todo el mundo podría sacar provecho antes de que España haya gozado de ello. Una vez más, como casi durante toda la Edad Media, mi país, geográficamente de los menos europeos, habrá luchado por el porvenir de Europa y de la civilización europea.

La extensión y los límites de la negociación parecen muy claros, sin ninguna duda posible.

Se debe negociar para poner fin a la guerra, y para atraer a los combatientes hacia la paz, porque no hay otro camino para alcanzarla. No debemos pensar en lo imposible de una fórmula política para el porvenir porque nacerá muerta, y sería odiada. ¡Esto no! ¡aquello sí! Hay que apartar la invasión nociva, y cumplir los deberes inevitables.

La única fórmula, desde el punto de vista exterior, es respetar lealmente la independencia, que supone la integridad absoluta, al igual que la soberanía, que significa: dejar a España como país libre, aunque desgraciadamente empo-

brecido.

La solución política es asunto solamente de los Españoles, y sólo hay una viable y conveniente para todos, dentro y fuera. Pero eso merece ser explicado otro día.